

«Fragmentos de filosofía» nº 9 (2011), pp. 1-11. ISSN: 1132-3329

POLITICA, VIOLENCIA Y TOTALITARISMO.
HANNAH ARENDT EN EL ESPEJO

*POLITICS, VIOLENCE AND TOTALITARIANISM. HANNAH
ARENDT IN THE MIRROR*

ESTEBAN ANCHUSTEGUI IGARTUA
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO
esteban.antxustegi@ehu.es

Resumen: Este artículo, tomando como referencia la obra *Los orígenes del totalitarismo*, de H. Arendt, reflexiona sobre la política, situándola entre el poder y la violencia. Para ello, analiza el concepto de poder, y, partiendo de las premisas desarrolladas por autores como Weber, Jouvenal o Sorel, rastrea los mecanismos del totalitarismo para buscar un antídoto capaz de prevenirnos del virus totalitario. Como consecuencia de ello, retomando el pensamiento de Arendt, sitúa la violencia frente a la política, y distingue la liberación de la libertad, situando en la fundación de esta última la premisa ineludible para la construcción de la democracia.

Palabras clave: Política, libertad, totalitarismo, poder, violencia.

Abstract: This article draws on the book by *The Origins of Totalitarianism* (H. Arendt) and reflects on politics, placing it between power and violence. It also discusses the concept of power, and, based on assumptions developed by authors such as Weber, Jouvenal or Sorel, we analyze the traces of the mechanisms of totalitarianism to find an antidote to prevent the totalitarian virus. As a result, following Arendt's thought, the article contrasts the violence and politics, and, distinguishing the release of freedom, believes that the foundation of freedom is the indispensable premise for the construction of democracy

Keywords: Politics, freedom, totalitarianism, power, violence.

En agosto de 1936, el tenebroso régimen nazi organizaba unos JJOO pensados para dar propaganda a la nueva Alemania, al nuevo hombre alemán. Aún entonces, los más despistados buscaban confiados el acuerdo y el pacto con Hitler, mientras los más suspicaces vieron en los desfiles y la coreografía del Estado Olímpico de Berlín el lúgubre futuro de Europa. Advirtieron que tal propaganda era una característica esencial

del nuevo régimen totalitario. La propaganda duró hasta el suspiro final, cuando los soviéticos izaron la bandera de la hoz y el martillo sobre un *Reichstag* (parlamento alemán) en ruinas.

1. La política: entre el poder y la violencia.

La nueva Alemania que la propaganda nazi quería mostrar al mundo, a la par que suponía el fin de la “política degenerada”, no había hecho sino forjarse utilizando los instrumentos de esa misma política que maldecía, y era su más fiel consecuencia: utilizaba el “poder democrático degenerado” para imponer el nuevo poder cuya finalidad histórica sería llevar a cabo un nuevo orden social que debía durar milenios.

Conviene hacer una reflexión previa sobre el poder. Una forma muy usual de explicar el concepto de la política es presentarla como el conjunto de actividades relacionadas con la lucha por el acceso al poder. Asimismo, al acercarnos a analizar este otro fenómeno, pronto detectamos que existe un acuerdo básico entre los teóricos políticos en considerar la violencia como la más flagrante manifestación del poder. En este sentido, es paradigmático el dictamen de un clásico como M. Weber al definir la organización política llamada Estado como «una relación de dominio de los hombres sobre los hombres basada en los medios de la violencia legitimada (es decir: considerada legítima)». ¹ Este mismo autor cita la observación de Trotski en Brest-Litowsk cuando asevera que «todo Estado está basado en la violencia», afirmación que Weber corrobora enteramente, añadiendo que «si solamente existieran configuraciones sociales que ignorasen el medio de la violencia habría desaparecido el concepto de Estado». ²

Para Weber, por tanto, partiendo de que el Estado es la única fuente del “derecho” a la violencia, «la política significará la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen». ³

Quien hace política aspira al poder; siendo este último un medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o para gozar del sentimiento de prestigio que él confiere. Esta concepción está muy generalizada en el pensamiento moderno occidental, y para sus defensores el poder social y político puede ser comparable, salvando las distancias, a la

¹ M. WEBER, *Economía y Sociedad*, FCE, Madrid, 1993, p. 1057. ² M. WEBER, *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 1987, p. 83. ³ *Op. cit.* p. 83.

energía eléctrica, entendida ésta como una capacidad cuantitativa que puede ser ejercida con una variedad de propósitos.

Según los valedores de esta postura, los individuos emplean el poder al operar con las cosas y en sus tratos mutuos, y, en este último caso, su uso implica que los deseos de aquéllos que detentan mayor poder se impongan sobre las apetencias de quienes posean menos. En este sentido, es manifiestamente esclarecedora la afirmación de Weber cuando define el poder como «la oportunidad de un hombre o de cierto número de hombres de realizar su propia voluntad, incluso frente a la resistencia de otros que participan en la acción».⁴

Si seguimos a otro teórico del poder como Bertrand de Jouvenel, veremos que, después de afirmar su esencia egoísta, hará hincapié en que una vez que éste ha adquirido una naturaleza social, su consustancialidad egoísta le acompañará irremediamente. Por ello, habrá que evitar tener una concepción demasiado estrecha y demasiado sórdida del egoísmo político, ya que lo que llamamos así no es más que la tendencia a existir por sí mismo que hemos reconocido inherente al poder.

Para Jouvenel, el componente psicológico del poder se manifiesta desde el momento en que «un hombre se siente más hombre cuando se impone a sí mismo y convierte a otros en instrumentos de su voluntad, lo que le proporciona incomparable placer»,⁵ hasta el punto que la existencia del poder necesita del binomio «mandar y ser obedecido: sin el cual no hay Poder, y no precisa de ningún otro atributo para existir»⁶. Esta afirmación llevará a decir a Hannah Arendt que «si la esencia del poder es la eficacia del mando, entonces no hay poder más grande que el que emana del cañón de un arma».⁷

2. Los mecanismos totalitarios.

Los orígenes del totalitarismo fue publicado por primera vez poco después de la guerra, en 1951, y se convirtió en uno de los primeros libros sobre la materia. Después, la pervivencia del régimen bolchevique a las puertas de Europa motivó más de media docena de ediciones.

Arendt profundiza en los mecanismos totalitarios por excelencia: la propaganda y el terror. La tesis que mantiene sobre el totalitarismo es ya conocida por intelectuales e historiadores: la disolución y corrupción de

⁴ M. WEBER, *Economía y Sociedad*, FCE, Madrid, 1993, p. 926. ⁵ B. DE JOUVENEL, *El poder*, Editora Nacional, Madrid, 1974, p. 142. ⁶ *Op. cit.*, p. 142. ⁷ H. ARENDT, *Crisis de la República*, Taurus, Madrid, 1973, p. 140.

las organizaciones, grupos y clases sociales que forman el entramado de la sociedad civil conlleva en la vida moderna la aparición de movimientos de masas que ocupan su lugar. Estos movimientos, a través de la propaganda y el terror, serán capaces de crear en los ciudadanos la sensación de la existencia de un poder infinito capaz de controlar, destruir y corromper todo tipo de organizaciones, grupos y clases sociales característicos de la sociedad civil. De ese modo asentarán una nueva lógica, la de la fuerza y el poder, que se regirá por la total ausencia de límites y escrúpulos políticos o morales. En el movimiento totalitario el individuo logra la acción y la movilidad que la sociedad ha dejado de proporcionarle –pero no de prometerle cínicamente– a la vez que se le ofrece una vida pública tan brillante como atractiva.

Cuando ello ocurre, el individuo aislado y desarraigado, el pequeño comerciante, el profesor o el obrero pasan a convertirse en masa; y a partir de ese momento darán rienda suelta a todos los demonios del hombre: la atracción por el delito y el mal, la realización de prejuicios ancestrales, la entrega de la voluntad y el entendimiento al nuevo jefe político. Hoy, a los herederos del siglo de Treblinka, Tuol Slang o Katyn no debe extrañarnos que el Mal se abraza con entusiasmo y libertad: «La voluntaria inmersión del yo en fuerzas suprahumanas de destrucción parecía ser un escape a la identificación automática, con funciones preestablecidas dentro de la sociedad a su profunda banalidad».⁸ En este contexto, la libertad muere en medio de un estruendoso aplauso.

Si esto es así, los horrores desatados por Stalin y Hitler no son una macabra curiosidad histórica, sino una forma de gobierno susceptible de repetirse. En nuestra época el nazismo se ha convertido en un mito catártico que representa el Mal aislado sobre la Tierra y calma nuestras conciencias ante el presente y el futuro. Pero, si seguimos a Arendt, bolchevismo y nacionalsocialismo no son rarezas históricas; fueron perversiones posibles de la era moderna, la del vértigo técnico, la vorágine industrial y la maraña burocrática. Y éstos son hoy tan reales como en 1936 o 1956: «Puede ser erróneo suponer que la inconstancia y el olvido de las masas significa que se hallan curadas de la ilusión totalitaria, ocasionalmente identificada con el culto a Hitler o a Stalin; lo cierto puede ser todo lo contrario».⁹

El mensaje de Arendt contiene una advertencia para generaciones presentes y futuras: el virus totalitario está aquí desde principios del siglo pasado, y ha venido para quedarse. Hoy, sólo su incapacidad para abandonar definitivamente la era medieval separa a los movimientos islamistas

⁸ H. ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2006, p. 462. ⁹ *Op. cit.* p. 432

del totalitarismo auténtico de nazis y bolcheviques. La ideología la poseen, con creces: una interpretación completa y cerrada de la historia, independiente de la experiencia diaria, con una lógica volcada sobre sí misma y autosuficiente. Es el desarrollo científico lo que desconocen. Pero la falla tecnológica es un hecho contra el que la globalización, los cibercafés en Teherán o Casablanca y Al Yazira vienen en ayuda de los demagogos islámicos, por no hablar de los intereses económico-políticos de grandes potencias como Rusia y, especialmente, China.

El mecanismo del terror se observa hoy en la CNN, pero se lee en Hannah Arendt. Las masas islamistas se lanzaron a la calle vitoreando la matanza de Mohamed Atta el 11-S, prometiendo quemar la Dinamarca del *Jyllands-Posten*, clamando por aniquilar Israel. En las mezquitas los demagogos eliminan cualquier oposición moderada y tratan de dirigir a las masas árabes. Entretanto, los Bin Laden de turno perfeccionan al hombre-masa, lo embrutece moralmente y lo lanzan contra el enemigo, tal y como lo hacía Himmler. Ofrecen al desesperado ser protagonista de la historia, aunque sea de una historia de destrucción. Le hacen sentir que posee un poder infinito, ilimitado, que nada ni nadie podrá detener: «Para ellos, la violencia, el poder, la crueldad, eran las capacidades supremas de unos hombres que habían perdido definitivamente su lugar en el universo y eran demasiado orgullosos para anhelar una teoría del poder que les reintegrara sanos y salvos al mundo».¹⁰

Según Arendt, «los regímenes totalitarios dirigen realmente su política exterior sobre la consecuente presunción de que, con el tiempo, lograrán este objetivo último, y no lo pierden nunca de vista por distante que pueda parecer o por seriamente que puedan chocar sus exigencias “ideales” con las necesidades del momento».¹¹ El totalitario puede no conquistar el mundo, pero lo incendia en su implacable intento.

Pero Hannah Arendt advierte sobre algo más: el peligro totalitario aparece cuando el pueblo se muestra apático e indiferente ante la política diaria. El individuo aislado, impotente ante la política de la mediocridad, el relativismo y el cinismo de una política degradada por las debilidades partidistas y parlamentarias, abraza la solución que le ofrece el movimiento totalitario. Por eso, lejos de los mitos bienintencionados cultivados en Europa, para Arendt «la característica principal del hombre-masa europeo no es la brutalidad y el atraso, sino su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales».¹² Y esta característica es esencialmente moderna, tan susceptible de repetirse en el siglo XXI como en los años 30 del siglo pasado.

¹⁰ *Op. cit.* p. 462. ¹¹ *Op. cit.* p. 562. ¹² *Op. cit.* p. 445.

Los nazis, afirma Arendt, estaban convencidos de que en nuestro tiempo el hacer el mal posee una morbosa fuerza de atracción. De la misma manera, las afirmaciones bolcheviques, dentro y fuera de Rusia, de que no reconocían las normas morales ordinarias se convirtieron en el eje de la propaganda comunista. En este sentido, la experiencia ha demostrado una y otra vez que el valor de la propaganda de hechos canallescios y el desprecio general por las normas morales es independiente del simple interés propio, supuestamente el más poderoso factor psicológico en política.

Si uno desea saber cuáles fueron los objetivos del nazismo, cuál fue su método para dominar por medio del terror, cómo logró, empíricamente, construir Hitler su imperio de muerte, el de Hannah Arendt es un libro importante. Pocos como este libro nos describirán el modo en que el totalitarismo no se basaba en una serie de leyes sino en su completa ausencia, y el reemplazo de ellas por el terror y la arbitrariedad. No por la convicción en un pensamiento errado, sino por la eliminación total de cualquier convicción personal. Un líder supremo que nos hace jugar un juego del cual sólo él conoce las leyes; y en realidad no las conoce, las inventa a su arbitrio según le place. Pocos como este libro nos revelarán la imbecilidad última –sorprendente, pasmosa– de los líderes totalitarios y sus seguidores.

3. La violencia frente a la política. La fundación de la libertad.

Con estos precedentes, Arendt realizó un estudio sobre las bases teóricas de la violencia, de donde extrajo la conclusión de que la consideración de la violencia como la más contundente expresión del poder (que tan amplio predicamento y prestigio tiene en nuestro pensamiento político) surge de la tradición judeo-cristiana y de su imperativo concepto de la ley.

Frente a esta concepción dominante, la autora reivindica la existencia de otra tradición y de otro vocabulario, no menos antiguos y no menos acreditados por el tiempo, y cuyas expresiones son la *isonomía* de la ciudad-estado ateniense o la *civitas* de los romanos. En estas formas de gobierno la autora vislumbra «un concepto del poder y de la ley cuya esencia no se basaba en la relación mando-obediencia», modelos a los que, precisamente, se dirigieron «los hombres de las revoluciones del siglo XVIII cuando escudriñaron los archivos de la antigüedad y constituyeron una forma de gobierno, una república, en la que el dominio de la ley, ba-

sándose en el poder del pueblo, pondría fin al dominio del hombre sobre el hombre, al que consideraron un gobierno adecuado para esclavos»¹³.

H. Arendt, en consonancia con esta otra tradición, aboga por la tesis de que la violencia no está ligada a la política, hasta el punto de afirmar que sólo con la erradicación de la violencia es posible establecer la política. Para respaldar esta postura, la autora realiza un análisis comparativo de dos arquetipos que han supuesto procesos innovadores en la sociedad y en la política modernas (la Revolución americana y la Revolución francesa), paradigmas en los que se basará para extraer conclusiones acerca del establecimiento y la constitución de los asuntos públicos, así como para elaborar los conceptos políticos que derivan de estos modelos fundacionales.

Al examinar el origen de los cambios políticos, la autora acepta que la revolución tiene un primer momento violento (al que denomina la liberación de la opresión), pero que su núcleo determinante y decisivo está en la fase del establecimiento de las libertades políticas, esto es, en la libre participación. Para Arendt, «la revolución es el establecimiento de la libertad»¹⁴, por lo que el auténtico y esencial momento del quehacer revolucionario sólo se podrá instaurar una vez superado el obstáculo que supone la actividad violenta.

Al analizar el modelo que supuso la Revolución francesa, la autora hace hincapié en su etapa liberadora, mostrándola como una rebelión contra la miseria y la pobreza. Considera que estuvo marcada por la compasión hacia los miserables y la inclinación afectiva hacia ellos por su desgracia. Asimismo, estima que esta virtud no es buena consejera en la tarea política ya que, poseyendo la claridad de la inocencia y concibiendo la justicia como la defensa de los humillados, apela al sentimiento antes que a la razón. El paradigma de esta fase liberadora, actuando sin límites ni restricciones e inmerso en las agitadas aguas de las emociones, lo ofrece el comportamiento político de Robespierre, al justificar que se podía ser inhumano en nombre de los padecimientos del pueblo: «*par pitié, par amour, pour l'humanité, soyez inhumains!*».¹⁵

Sin embargo, el otro modelo histórico no tiene su origen en la precariedad. El determinante de la Revolución americana nada tuvo que ver con el estado de necesidad de la población ni con el problema social. El germen de la rebelión estuvo en la cuestión política, cuyos asuntos determinantes planteaban un giro en la forma de organización y en el ejercicio del poder, así como la ineludible demanda de un cambio de gobierno.

¹³ H. ARENDT, *Crisis de la República*, Taurus, Madrid, 1973, p. 143. ¹⁴ H. ARENDT, *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 1988, p. 143 ¹⁵ *Op. cit.* p. 90.

Además, en Norteamérica, ya había una tradición de formas de participación y asociaciones del poder popular (refrendadas legalmente por la metrópoli), y cuyas consolidadas estructuras fueron la columna vertebral del proceso revolucionario.

Basándose en estos modelos, Arendt distingue radicalmente liberación de libertad. La liberación supone erradicar las privaciones y la opresión, y como tal supone un trabajo prepolítico. La libertad, en cambio, tiene su origen en la participación libre y en la creación de un espacio de deliberación. Para la autora es indudable que la libertad se instaure en este marco humano, y que sólo a través del diálogo, el mutuo respeto y la persuasión mediante razones es posible configurar la política, entendida como la acción humana se implanta por medio de leyes, promesas, pactos y convenios, y de la que forman parte la redacción de una Constitución, la separación y el equilibrio de poderes. En consecuencia, la libertad política sólo cobra sentido al quedar instituida esta esfera pública de participación libre.

4. La política como superación de la violencia. La construcción de la democracia.

Con este análisis Hannah Arendt pretende hacernos reflexionar sobre si no seremos víctimas de un prejuicio cuando consideramos que la violencia es un elemento fundamental de la práctica política. En este sentido, critica la visión de George Sorel, apologeta de la violencia proletaria, que, reivindicando la esencia moral de esta violencia, propugnaba su utilización para destruir el orden social establecido. Sorel, guiado por la idea, o, más exactamente, por el *mito* de la huelga general, propugnaba una nueva moral para salvar el socialismo («hoy no vacilo en declarar que el socialismo no podría subsistir sin una apología de la violencia»), a la vez que mostraba una repulsa rabiosa y amarga hacia el compromiso democrático y el socialismo parlamentario, su forma más odiosa.

George Sorel, cuyas propuestas no hacen más que corroborar una moralidad tradicional, rigurosa e intransigente (basada en la convicción arraigada de la debilidad natural del hombre y de la fuerza de los obstáculos que se oponen a la satisfacción de sus deseos), consideraba que el destino de la humanidad, simbolizada por el judío errante, consiste en estar condenada a caminar constantemente, sin conocer reposo, a esforzarse siempre a tender hacia la grandeza y a lo sublime. La violencia sería el instrumento para esta gesta, capaz de impulsar la nueva «moral de los productores» y mantener la ideología revolucionaria a la altura necesaria (1908).

Para Arendt, al contrario, la visión de la violencia es más acorde con el estado de necesidad y de lo prepolítico, y sólo a partir de su superación se instaaura la política, pero nunca antes. Según la autora, el diálogo y la acción comunicativa entre los seres humanos requieren como base y condición necesaria su igualdad, por lo que las acciones que se realizan llevan consigo la posibilidad de intercambio y comprensión mutua. Porque los hombres y mujeres, cada uno desde su propio emplazamiento, personalidad y posición, se sienten y manifiestan únicos, pero cada uno de ellos, simultáneamente, es sujeto y objeto de la acción realizada por el otro. Este es el origen de la praxis política, la única actividad que es capaz de juntar a los seres humanos y, a través de la discusión, llevarles a actuar concertadamente.

Y en este espacio compartido que llamamos libertad, capaz de aunar responsablemente a seres humanos distintos, se produce una dinámica que es capaz de inventar y practicar todo un modo de acción política singular que está en el germen y fundamento de aquella forma de gobierno que el mundo clásico denominó *democracia*. Y más aún, porque este peculiar estilo de acción política sigue alimentando todas y cada una de las tentativas intermitentes que a lo largo de la historia se han generado para llevar a cabo esta forma política, susceptible de colmar una aspiración profunda y fundamentalmente humana.

Como señala J. M. Mardones,¹⁶ este espíritu de la democracia conduce a: 1) una forma de decisión política basada en la discusión generalizada, el poder de las convicciones comunes, la concertación y el mutuo entendimiento en pro de unas acciones comunes; 2) exige, por tanto, la formación de una voluntad política mediante la libertad de información, expresión y discusión; 3) demanda la participación responsable en los asuntos públicos mediante la creación de un espacio público apto para ello; 4) tiende a la utopía de erradicar la dominación del hombre por el hombre mediante la voluntad libre de los concertados.

5. El carácter instrumental de la violencia y el ámbito del poder.

La libertad es un bien demasiado hermoso para jugar con él, y en más de una ocasión la sociedad construida en nombre de la libertad ha asfixiado a los individuos y los ha encadenado mediante la burocracia, el pensamiento débil, el hedonismo desenfrenado y paralizador. Y ese y no

¹⁶ J. M. MARDONES, “Sobre el concepto político de Hannah Arendt”, en J. A. Binaburo & X Etxeberria (eds.), *Pensando en la violencia*, Bakeaz, Bilbao, 1994, pp. 51-52.

otro es el principal apoyo psicológico de la ficción totalitaria, «el resentimiento activo contra el *statu quo* que las masas se niegan a aceptar como el único mundo posible.»¹⁷

Es por ello por lo que H. Arendt diferencia radicalmente entre poder y violencia. La violencia «se distingue por su carácter instrumental» en esto coincide con Sorel, a la vez que la considera como un fenómeno que «está próximo a la “potencia”, dado que los instrumentos de la violencia, como todas las demás herramientas, son concebidos y empleados para multiplicar la potencia natural»;¹⁸ el ejercicio del poder, sin embargo, se constituye en el ámbito de actuación concertada, en la capacidad de ponerse de acuerdo, sin coerción ni violencia. Por ello, para Arendt, «el poder nunca es propiedad de un individuo; pertenece al grupo y sigue existiendo mientras el grupo se mantenga unido»,¹⁹ por lo que el concepto de poder estaría muy próximo al concepto de autoridad, cuya característica es «el indiscutible reconocimiento por aquellos a quienes se les pide obedecer, y que no precisa ni de la coacción ni de la persuasión».²⁰

No es posible, por tanto, confundir violencia y poder, aunque el hecho de que aparezcan juntos pueda llevar a su confusión. Porque este equívoco se deshace cuando «los que se oponen a la violencia con el simple poder pronto descubrirán que se enfrentan no con los hombres, sino con artefactos de los hombres, cuya inhumanidad y eficacia destructiva aumenta en proporción a la distancia que separa a los oponentes».²¹ Nada tiene de extraño, por tanto, la afirmación de Arendt de que «la violencia puede siempre destruir al poder; del cañón de un arma brotan las órdenes más eficaces que determinan la más instantánea y perfecta obediencia. Lo que nunca podrá brotar de ahí es el poder».²²

Para esta pensadora, a lo largo la historia, «nunca ha existido un Gobierno exclusivamente basado en los medios de la violencia. Incluso el dirigente totalitario, cuyo principal instrumento de dominio es la tortura, necesita un poder básico -la policía secreta y su red de informadores».²³ Esto es debido a que el poder corresponde a la esencia de todos los Gobiernos, pero no así la violencia. La violencia es, por naturaleza, instrumental; como todos los medios precisa de un guía y una justificación para lograr el fin perseguido. Y lo que necesita justificación por algo, no puede ser la esencia de nada.

Hannah Arendt (1906-1975) fue testigo privilegiado de los acontecimientos políticos más importantes del siglo XX. Discípula de Husserl,

¹⁷ H. ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2006, p. 535. ¹⁸ H. ARENDT, *Crisis de la República*, Taurus, Madrid, 1973, p. 148. ¹⁹ *Op. cit.* p. 146. ²⁰ *Op. cit.* p. 147. ²¹ *Op. cit.* p. 155. ²² *Op. cit.* p. 155. ²³ *Op. cit.* p. 152.

Jaspers y Heidegger, en 1933 tuvo que huir -por ser judía- de Alemania, primero a Francia y luego a Nueva York, ciudad que la acogió y donde ejerció de profesora hasta su muerte. La autora, a raíz de su propia experiencia, siempre fue consciente de que la violencia amenaza a la libertad y que está en el límite de la imposición totalitaria. Sus escritos están directamente impregnados por los excesos del nacional-socialismo, acontecimiento que le marcó definitivamente y que le llevó a analizar y tratar de explicar las causas que motivaron la barbarie que produjo tantos millones de muertos. Simultáneamente, asumió el firme compromiso de reivindicar la memoria de las víctimas y recordar su sufrimiento, al tiempo que combatió para que semejante tragedia no pudiera repetirse jamás. En este sentido, en tono de reproche hacia la pasividad que ella misma y sus compatriotas mostraron ante el avance de la ideología totalitaria, la autora rememora la fecha del incendio del *Reichstag*, ocurrido el 27 de febrero de 1933, acontecimiento que señala un antes y un después en la imposición nazi, y al que se refiere como «el momento a partir del cual se sintió responsable».²⁴

Algunos han visto en la obra de Arendt una interpretación histórica de unos hechos ya pasados; olvidan que el siglo XXI es heredero tanto del progreso como de la barbarie del XX. El totalitarismo es una forma de dominación genuinamente moderna, genuinamente contemporánea, propia de unas sociedades cada vez más incapaces de pensar en ello. Si esto es así, si Arendt tiene razón cuando afirma que existe una naturaleza totalitaria, entonces el mensaje que destila *Los orígenes del totalitarismo* nos valdrá tanto para pensar el presente como para preocuparnos por el futuro. En definitiva, hoy como entonces, sólo la libertad, la capacidad ilimitada e infinita del hombre para hacer frente a lo inevitable, se interpone entre nosotros y los viejos demonios del hombre.

Precisamente por esta experiencia, y ante las críticas que se le hacían de no querer ver en la llamada liberación una condición para el desempeño de la verdadera libertad, H. Arendt -siendo consciente de que sin encauzar la cuestión social difícilmente se podría realizar el auténtico espíritu democrático- siempre se empeñó en asegurar la instauración de la libertad, manteniendo, frente a cualquier intento totalitario, la esencia de la política: garantizar el establecimiento de un ámbito donde se pudiera manifestar la libre participación.

²⁴ G.T. KAPLAN, “H. Arendt: la vida de una judía”, *Debats*, 37, 1991, pp. 8-18, citado en J. A. Binaburo, & X. Etxeberria (eds.), *Pensando la violencia*, Bakeaz, Bilbao, 1994, p. 38.